

La pluma de un gran exiliado vasco (y III)

Elias Amezaga

Gara, 2000-03-22: 60.

Hay dos clases de mentalidades entre los hombres, y entre los escritores en particular. Los que se entregan a los seres y los que se abrazan a las ideas. Ambos tiene sus concomitancias, la de renunciar al personalismo, por ejemplo. Pero guardan a su vez sus divergencias. La de ser más inflexibles los últimos, o la de comprender y descargar los desatinos de sus semejantes, por ser el escritor uno de ellos.

En el caso particular de Martín de Ugalde se da una concomitancia casi perfecta. Ha estudiado como pocos la vitalidad de su causa y, de otro lado, sitúase próximo a los hombres. Esto último no deja de proclamarlo. Con el tiempo ha ido cediendo en la inflexibilidad de sus dogmas, en la creencia absoluta de sus postulados, en la ciega observancia a sus principios, poniéndose al socaire de los hechos latentes de los humanos. Y si por un tiempo dio a conocer o propagó las biografías de patriotas, después se ocupa de otros personajes, los del pueblo, más próximo a identificarse con ellos, que pasan como de puntillas por la historia.

Aquí me hago una pregunta inocente: ¿por entregarse a la patria alcanzó mayor dimensión en las letras? No me lo parece. Su vocación innata fue esta. Más o menos soterrada pero soterrada siempre. Pero se sacrificó. Militante raso del PNV. Pudo alcanzar máximas cotas de poder a las que no aspiraba. De alguna suerte le ganó compañeros, y simplemente le dignificó poniéndose al amparo de tales siglas. Y nadie vea que critico su decisión. Yo le quería como fabulador que echase a volar su fantasía, que se prodigara más en la novela, incluso en el ensayo, que influyera desde las letras en la política, no desde la política en las letras.

Su existencia se me presenta como digna de admiración, desinteresada, generosa, comprometida con una gran idea y, a su vez, cuajada de renunciamientos, privaciones, peligros, puesta al servicio de la jerarquía. El mismo nos brindará su opinión a través de este estudio.

Duras vivencias

Martín de Ugalde, a punto de cumplir los 15 años, debe ir carretera adelante con su madre y sus enseres personales hacia Bilbao y Markina, huyendo de los facciosos. Los evoco en caravanas, hasta en carros como los gitanos, tiroteados muchas veces desde el aire. Pierde a su padre, que debe huir, simplemente por haber sido en tiempos legales concejal nacionalista en Andoain; a su hermano, que la familia envía a Rusia. Próxima la entrada militar en Santander, embarca para Donibane. Aquí a una colonia infantil, lejos ya de sus padres.

Antes de emigrar a América, su progenitor y él se citan en la muga del Bidasoa con su madre: "Apareció, por fin, con algún retraso y acompañada de María Ozaeta, una amiga de la familia, caminando nerviosamente a lo largo del río y seguidas a distancia por un carabinero. Cada vez que se detenían para mirarnos haciendo señas con sus pañuelos, el guardia las increpaba a voces que siguieran su camino... la madre lloraba mientras caminaba".

En la ocupación germánica de Francia, las avanzadas que cruzan Donibane Lohizune le sorprenden y le detienen. Con 19 años debe optar entre irse a trabajar a las fábricas alemanas o volver al Estado español, que le destina a Marruecos para cumplir el servicio militar. Marruecos en trance de entrar en la guerra. Dos, tres años entre gente hostil. Vuelta a Irun. Ni un rincón para malvivir. Le niegan trabajo, las gentes le huyen en la calle, debe presentarse en la comandancia de la Guardia Civil cada semana. Por fin, Don Manuel Laborde, industrial, investigador, uno de los fundadores del grupo de Ciencias Aranzadi, le coloca en su fábrica de brocas y herramientas. Venezuela en 1947. A vivir de nuevo.

Iniciase a escribir. Gana premios. Lucha con las variantes del idioma indígenas. Su vocación en el periodismo algo tiene de quehacer práctico que da para vivir y él lo necesita. Parte del reportaje y del artículo, aterriza en la narración breve.

Vuelto al País Vasco. Una expulsión más. Vienen a darle un espaldarazo a su obra al nombrarle Doctor Honoris Causa de la Universidad del País Vasco. Al preguntarle la prensa que se decante por una sola actividad entre literatura y periodismo, responde: "El oficio define a la persona. Yo, ante todo, soy periodista. Para aprender a escribir a lo largo de muchos años cultivé todos los estilos de periodismo. Después me hice escritor". Sufre. Ya no puede activar su mente y mover su pluma debido a su falta de salud. Ahora dicta. No es lo mismo. Pero algo es. Debido a este postrer esfuerzo disponemos ya de sus memorias transcritas por Joan Mari Torrealdai. Bienvenidas sean.